



Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Grado en Relaciones
Internacionales

Trabajo Fin de Grado

TRES DÉCADAS DE INTERVENCIONISMO RUSO EN LAS ANTIGUAS REPÚBLICAS SOVIÉTICAS DEL CÁUCASO

Estudiante: **Gonzalo Begines Galisteo**

Director: **Prof. José Ángel López Jiménez**

Madrid, 28 de abril de 2023

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	3
1.1. FINALIDAD Y MOTIVOS	3
1.2. ESTADO DE LA CUESTIÓN	6
1.3. MARCO TEÓRICO	9
1.4. OBJETIVOS	12
1.5. METODOLOGÍA	14
2. ANÁLISIS DEL INTERVENCIONISMO EN GEORGIA	16
3. ANÁLISIS DEL INTERVENCIONISMO EN ARMENIA	20
4. ANÁLISIS DEL INTERVENCIONISMO EN AZERBAIYÁN	26
5. SIMILITUDES Y DIFERENCIAS: MODELO COMPARATIVO	31
6. CONCLUSIONES	35
7. BIBLIOGRAFÍA	40

AAGR	Acuerdo de Asociación Global y Reforzado (Unión Europea – Armenia)
BTC	Bakú-Tiflis-Ceyhan (oleoducto)
CEI	Comunidad de Estados Independientes
CEPRA	Compañía Estatal Petrolífera de la República de Azerbaiyán
GUAM	Georgia – Ucrania – Azerbaiyán – Moldavia (Organización para la Democracia y el Desarrollo Económico)
OMC	Organización Mundial del Comercio
ONU	Organización de las Naciones Unidas
OSCE	Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa
OTAN	Organización del Tratado del Atlántico Norte
OTSC	Organización del Tratado de Seguridad Colectiva
UEEA	Unión Económica Euroasiática

1. INTRODUCCIÓN

1.1. FINALIDAD Y MOTIVOS

El colapso de la Unión Soviética fue un *shock* de enormes proporciones para Rusia, el principal componente político del bloque que había sido no sólo un poder transcontinental, sino hegemónico a nivel global durante la mayor parte del siglo XX. La caída de todos los sistemas domésticos del aparato soviético fue un problema no sólo para Rusia, sino para otros estados que habían formado parte de esta unión, como Armenia, Georgia o Azerbaiyán (Milosevich-Juaristi, 2016). La pérdida de influencia en la zona caucásica, en la que los rusos siempre habían mantenido una presencia, requirió que el país pusiese su punto de mira en aumentar su poder de influencia, dándole una nueva oportunidad para crear un orden regional que respondiese a sus intereses.

La política exterior rusa durante las últimas tres décadas ha pasado por etapas muy diferentes: desde un acercamiento diplomático al mundo occidental a ejercer un poder más propio de un gran poder, si bien venido a menos, pasando por etapas de multipolaridad y pragmatismo (Liu, 2022). De igual forma, ha atravesado periodos de menor fortaleza económica e importancia en el escenario internacional. A pesar de ello, el interés del país en la zona del Cáucaso ha sido una constante, tanto por la necesidad de ejercer su influencia sobre aquellos países que anteriormente formaron parte de la Unión Soviética (Remler, 2020) como por la obligación de calmar y hacer valer su poder sobre el Cáucaso del Norte, especialmente Chechenia.

El Cáucaso ha sido una zona de especial importancia desde tiempos antiguos. Por él pasaban varias ramas de la Ruta de la Seda y su diversidad étnica ha hecho que la zona siempre haya sido particularmente independiente, pero también conflictiva. Además, actualmente representa una subregión que sirve como un limbo entre dos zonas tan culturalmente diferentes como cambiantes: al Norte, la inmensidad de la Federación Rusa, y al Sur, Oriente Medio (Bekiarova, 2019). La conquista a comienzos del siglo XIX de los territorios que durante la Edad Media habían pertenecido al Reino de Georgia, pero que en aquel momento pertenecían al Imperio Otomano y a Persia, dio acceso a

Rusia a esta zona del mundo, dando lugar a un dominio casi continuo que tan sólo tuvo su fin con el colapso de la Unión Soviética.

La presencia clave del Cáucaso del Sur en la estrategia general de seguridad rusa a lo largo de los últimos siglos ha generado un interés que ha podido ser recogido por numerosos académicos, tanto de Rusia como de Occidente, y que mayoritariamente responde a importantes necesidades políticas y económicas del gigante euroasiático. El Cáucaso del Sur tiene una gran importancia estratégica para Rusia en términos de seguridad, ya que es limítrofe con varias de las regiones más inestables y violentas del país, como Daguestán, Ingusetia y Chechenia, zonas donde la inmensa mayoría de la población ni siquiera es étnicamente rusa. Además, la zona también es limítrofe con un miembro de la OTAN como es Turquía (Naumkin, 2002).

Las tres antiguas repúblicas soviéticas del Cáucaso se encuentran también en auge debido a la importancia de la energía en la actualidad. La expansión política de la influencia rusa se ha unido en ocasiones a sus intereses económicos y energéticos a la hora de intervenir en la zona. Los recursos minerales, petrolíferos y de gas existentes en la zona, particularmente en la cuenca del Mar Caspio, y la agresiva política energética rusa, que supone el principal activo negociador del país, convierte al Cáucaso del Sur en una zona clave para la expansión de la economía rusa (Peña-Ramos, 2017). Al mismo tiempo, estos recursos energéticos han atraído interés por parte de otros actores, incluyendo China, la Unión Europea y Estados Unidos.

La debilidad rusa durante la década de los noventa permitió que los poderes occidentales ejerciesen su influencia a través de inversiones económicas y con el objetivo de fomentar el establecimiento de instituciones democráticas en el Cáucaso. De igual manera, la Unión Europea ha buscado obtener una mayor independencia energética de Rusia a través de oleoductos que evitan a Rusia, incluyendo la línea Bakú-Tiflis-Ceyhan (Peña-Ramos, 2017). Rusia, más que consciente del efecto de la influencia occidental en su área de influencia, ha reaccionado agresivamente ante estos intentos del bloque, y ha utilizado su *soft power*, especialmente con respecto a los conflictos congelados en la zona, para evitar un acercamiento de los tres países a Estados Unidos

y a la Unión Europea (Rumer, Sokolsky y Stronski, 2017). Esto no ha podido evitar, sin embargo, un acercamiento de Georgia a las tesis atlantistas, ni ha conseguido coartar iniciativas de la Unión Europea que han incluido a las antiguas repúblicas soviéticas del Cáucaso.

Por ello y teniendo en cuenta que la relación de Armenia, Azerbaiyán y Georgia con Rusia ha tenido altibajos durante los últimos treinta años, es importante analizar los instrumentos a través de los que el país ha ejercido su influencia sobre la zona. Además, las actitudes actuales de los países hacia Rusia, así como la naturaleza de sus conflictos y sus principales desafíos, son muy diferentes y tienen diversas raíces históricas. Por este motivo, es clave dentro de la finalidad del trabajo el reconocer las técnicas puestas en marcha por Rusia para intervenir, participar y desestabilizar en el Cáucaso del Sur.

Es también importante reconocer la existencia de un potente interés personal en el tema de estudio. El aumento del intervencionismo ruso, especialmente a través de medios digitales, pero también militares, como podemos observar en la invasión de Ucrania iniciada en 2022, hace necesario el poder interpretar el *modus operandi* de la política exterior rusa. Estableciendo paralelos con el Cáucaso del Sur, un área que ha experimentado un alto grado de intervenciones rusas durante las últimas tres décadas, es posible comprender mejor cuál es la actual estrategia del gigante euroasiático a largo plazo con respecto a su área de influencia.

Simultáneamente, el trabajo presenta una oportunidad perfecta para analizar la utilización del *hard power* y de la diplomacia o *soft power* aplicados a conflictos regionales. Desde el punto de vista de la teoría de relaciones internacionales, sobre todo aquellas con mayor influencia en la esfera de influencia rusa, se pueden analizar las especificidades de las tesis neorrealistas a través de la observación de la actividad rusa en la zona. Además, permite obtener un mayor grado de profundidad sobre las teorías y doctrinas que han motivado la política exterior durante las presidencias de Yeltsin, Putin y Medvédev.

1.2. ESTADO DE LA CUESTIÓN

La relación de Rusia con sus vecinos en la zona del Cáucaso del Sur a través de los años ha sido compleja. El gigante euroasiático ha ejercido un poder casi hegemónico sobre la zona desde una perspectiva histórica, con un especial interés en ella debido a sus recursos estratégicos y su emplazamiento clave en materia de seguridad. Con la caída de la Unión Soviética y la independencia de las repúblicas de Armenia, Azerbaiyán y Georgia, la zona comenzó a transformarse económica y políticamente, un cambio importante al que Rusia ha respondido buscando continuar desempeñando un papel fundamental en la zona (Kurban, 2020).

La Federación Rusa, tanto por su tamaño como por su pasado y estatus como principal heredero de la Unión Soviética, buscaba continuar ejecutando un papel como estado importante en relaciones internacionales (Rezvani, 2020). Sin embargo, en un comienzo, Rusia rehusó caer en las confrontaciones con el mundo occidental que habían caracterizado a la Guerra Fría, buscando una integración en el aparato de organizaciones internacionales que la acercase a Occidente a través de acuerdos y alianzas (Liu, 2022). A la misma vez, el país intentó que las antiguas repúblicas soviéticas no se alejasen de las tesis rusas: este fue el propósito con el que se creó la Confederación de Estados Independientes (CEI) en 1991, de la que Armenia y Azerbaiyán fueron fundadores y a la que Georgia se unió en 1993 bajo una fuerte presión rusa fruto del separatismo en Abjasia (Remler, 2020).

La extensión de la OTAN hacia el Este, un movimiento que fue visto con cierto escepticismo desde Rusia, trajo un cambio de paradigma interior en Rusia. Las políticas pro-occidentales de Andrei Kozyrev, que había sido Ministro de Exteriores desde la llegada de Boris Yeltsin al poder, habían sido necesarias para atraer inversiones desde el extranjero y modernizar a la nación. Sin embargo, estas reformas no consiguieron lograr el suficiente impacto económico ni aumentar el prestigio internacional ruso. Por ello, Yeltsin colocó a Yevgeny Primakov, un defensor de las tesis multilateralistas, en un movimiento que alejó a Rusia del mundo occidental y la llevó a enfocarse nuevamente en sus esferas euroasiática y eslava (Makarychev y Morozov, 2011). El ascenso de este

bajo Yeltsin llevó a una mayor presencia de las tesis eurasianistas entre las altas esferas políticas de la Federación Rusa, con ideas sobre política exterior rusa siendo desarrolladas principalmente por los teóricos Lev Gumiliov, Alexander Panarin y Alexander Dugin, generando un renacimiento del movimiento (Laruelle, 2008).

Aun así, durante la década de los noventa, Rusia se vio obligada a enfocarse más en el Cáucaso del Norte que en el del Sur debido a la inestabilidad de la región derivada de la Primera Guerra Chechena. Sin embargo, la inestabilidad de sus vecinos al Sur le facilitó el hecho de poder ejercer una influencia militar. Como la propia Rusia, las tres antiguas repúblicas soviéticas que se habían convertido en los estados independientes de Armenia, Azerbaiyán y Georgia sufrieron el impacto de duros conflictos civiles durante la década, y se refugiaron en el paraguas ruso a la hora de buscar soluciones a ellos (MacFarlane, 2020). La preponderancia del eurasianismo entre la teoría política rusa empezó a fraguarse a comienzos de esta década y la adopción de una nueva doctrina militar por parte de Yeltsin en 1993 daba señales de las intenciones futuras de Rusia con respecto a los conflictos en la zona (Cornell, 1999).

La mediación de Rusia consiguió que en los tres principales conflictos del momento (Abjasia, Nagorno-Karabaj y Osetia del Sur) se llegase a un alto al fuego. En el caso de Osetia de Sur y Abjasia, Rusia mandó fuerzas de seguridad con el objetivo de congelar la situación. En el caso de la segunda república, la misión rusa obtuvo ayuda diplomática, ya que había sido respaldada por el Consejo de Seguridad de la ONU. En el conflicto del Nagorno-Karabaj, la OSCE instó también a sus miembros a crear una misión de paz, a la que Rusia contribuiría con un alto número de soldados. Finalmente, la negativa de Azerbaiyán al despliegue de soldados rusos en su territorio y la negativa de otros miembros de la OSCE a complementar la misión hizo que el proyecto fallase (MacFarlane, 2020). Sin embargo, tras la Segunda Guerra de Nagorno-Karabaj, Rusia consiguió finalmente mantener una misión militar en la zona, ocupándose de mantener la seguridad de los armenios que habitan en el territorio (Anggraeni, 2022).

Este método, basado en emplear su estatus como heredero de la Unión Soviética y líder en la región para mediar entre las partes, resultó ser muy beneficioso para los

intereses exteriores de Rusia. El apoyo institucional recibido le dio legitimidad a la intervención del gigante euroasiático, que pudo establecer un papel principal en la zona incluso en su momento de mayor debilidad. Además, el conflicto checheno, pese a su impacto negativo y su extensión hasta el comienzo del siglo XXI, hizo que Rusia mantuviese tropas de forma permanente en su frontera con Georgia y Azerbaiyán, lo cual probaría ser muy útil en las intervenciones futuras en la zona, especialmente en la guerra del 2008 con Georgia (Rumer, 2019).

Desde la llegada de Putin al poder, el estado ruso ha recurrido a instrumentos de muy diversa naturaleza para ganar terreno en la esfera euroasiática. Las reivindicaciones de la Federación como contraposición al orden establecido y siguiendo los dogmas eurasianistas han llevado al estado a actuar a través de la modernización militar de sus fuerzas, la presencia de ‘hombrecitos verdes’ (actuaciones ocultas por parte de los intereses rusos), la manipulación de los conflictos congelados, la energía, el *soft power*, la promoción de proyectos de integración liderados por Rusia, la amenaza constante a los miembros de su área de influencia y la subversión de la unidad occidental (Hamilton y Meister, 2016). Además, el país ha cambiado su *modus operandi* en algunas regiones, ya que la política de las tres Cs (cooperación con Armenia, confrontación con Georgia y confusión con Azerbaiyán) ha sido objeto de retoques (Minassian, 2016), en particular como resultado de la Segunda Guerra de Nagorno-Karabaj, con Rusia dejando a su aliado tradicional armenio muy debilitado y marginándolo con respecto a Azerbaiyán, país con el que comparte importantes intereses económicos y geo-energéticos.

Actualmente, la situación en el Cáucaso no ha dejado de ser compleja. Georgia continúa practicando una política exterior basada en el acercamiento a los poderes occidentales, a la vez que está condicionada por los conflictos congelados de Abjasia y Osetia del Sur y su comercio con Rusia. A la misma vez, el realineamiento de poderes con respecto a Nagorno-Karabaj ha propiciado un alejamiento y una cierta desconfianza de Armenia hacia Rusia, aunque continúa manteniendo presencia militar en su país, y una aclaración de su relación con Azerbaiyán que puede ser fructífera para los intereses de ambas partes y que Rusia ha decidido perseguir ante los problemas de su economía.

1.3. MARCO TEÓRICO

Como se ha mencionado ya desde el comienzo de este trabajo, la estrategia exterior rusa desde el final de la Guerra Fría ha sufrido de varios virajes y cambios de paradigma. Sin embargo, lo cierto es que, desde la llegada de Yevgeny Primakov a la alta política rusa en 1996, Rusia ha buscado convertirse en un poder independiente que contribuya a un mundo multipolar, alejado de las tesis que aseguraban “el final de la historia”. Para ello, el país se vería obligado a desarrollar una política exterior activa, basada en el establecimiento de dificultades estratégicas hacia sus rivales (Gurganus y Rumer, 2019), que también ha tenido que diseñar métodos novedosos de confrontación que respondan a los desafíos de los conflictos de la actualidad.

La doctrina Primakov no está solo basada en el interés por llegar a un régimen global multipolar, sino que insiste en la oposición rusa a una expansión de la OTAN y en buscar un papel principal en el espacio postsoviético (Rumer, 2019). Esta política exterior, más ideológica que militarista, encontró un apoyo fundamental en las tesis de Valeri Gerasimov, el jefe de Estado mayor de Defensa ruso que expuso su interpretación sobre lo que serían la guerra híbrida. Gerasimov delimitó las etapas de los conflictos del siglo XXI a tan sólo seis (origen encubierto, escalada, inicio de las actividades de conflicto, crisis, resolución y restauración de la paz), en las que el empleo de medios no militares va de la mano del *hard power* para lograr objetivos estratégicos (Colom, 2018).

Por ello, la actividad de Rusia no ha sido tan sólo activa militarmente, sino que el país también ha llevado a cabo un esfuerzo para introducir a su esfera de influencia en instituciones de creación propia que han supuesto. Esto se encuadra dentro de una teoría, la del eurasianismo, que ha dominado los círculos de relaciones internacionales políticos rusos durante años y que ha sido adoptada por el Kremlin con respecto a su actividad exterior. El Cáucaso, por su naturaleza como área separadora entre dos culturas y su estatus como parte de la zona de influencia rusa, es visto por Rusia como un territorio natural donde expandir sus intereses. Como herederos del pensamiento de Primakov, con un alto componente eurasianista, los sucesivos gobiernos rusos han buscado expandir sus operaciones en esta zona, ya no sólo como método de ganar

poder, sino también para empatizar su independencia política y reafirmar su estatus como potencia de primer orden (DeLong, 2020).

El eurasianismo, que tiene sus orígenes en los intelectuales eslavófilos rusos de finales del siglo XIX, sugiere que la visión de Rusia como un poder en los confines de Europa es errónea, utilizando su posición entre dos ejes como método para asegurar su independencia y estatus separado de las tesis occidentales y orientales (Laruelle, 2008). Como teoría de relaciones internacionales, es favorable a la existencia de una estructura internacional multipolar en la que Rusia ejerza un papel dominante en aquellas culturas que se encuentran a medio camino entre los dos continentes, dándole especial importancia al mundo túrquico.

Las tesis de estos autores han influenciado tanto el pensamiento de la acción exterior rusa (Primakov fue particularmente apreciado por Panarin y Dugin por su negativa a continuar siguiendo la estela de Occidente y abogar en su lugar por un régimen multipolar con importante presencia rusa en Asia) como entre la población del país, particularmente receptiva a estas ideas (Laruelle, 2008). Sin embargo, esta teoría no puede ser utilizada como un método analítico del intervencionismo en el Cáucaso, sino como el razonamiento que se encuentra detrás de la idea política que ha llevado a Rusia hasta esta situación. Es decir, el eurasianismo en sí mismo no lleva a cabo un análisis de la realidad del sistema internacional ni aspira a predecir o describir el rol de los estados en el mismo, sino que es una corriente política que tan sólo justifica la acción rusa en su zona de influencia y busca independizar su presencia de poderes externos.

Para entender la perspectiva de la política exterior rusa y por qué el país busca ganar poder en el orden internacional a través del intervencionismo, debemos utilizar un marco basado en las teorías de relaciones internacionales, que tienen un componente tanto descriptivo como prescriptivo sobre la actitud general de los estados hacia el orden internacional y las acciones que toman como consecuencia de este. Las tres principales escuelas ideológicas de relaciones internacionales son el realismo, el liberalismo y el constructivismo. Sin embargo, para el análisis del intervencionismo ruso en este trabajo académico, nos basaremos en la concepción realista del sistema

internacional y, en particular, en la teoría del realismo estructural, también conocido como neorrealismo. Esta, que nace como escisión de la escuela realista clásica de Morgenthau, comparte con esta la creencia en una concepción anárquica del sistema internacional en la que los estados se comportan de una forma determinada. Sin embargo, el neorrealismo achaca esta actitud de los estados a la búsqueda de la seguridad, que les fuerza a comportarse de manera agresiva y a competir por el poder como método de supervivencia, mientras que las teorías realistas clásicas apuntan a la naturaleza humana como causa de este comportamiento, determinando que la culpa de este es la búsqueda de poder que caracteriza a los seres humanos desde el nacimiento (Mearsheimer, 2001).

Según la teoría neorrealista, las estructuras de poder a nivel internacional se encuentran definidas por el carácter de las unidades que las componen (los estados con autogobierno y control), sus principios ordenadores, que en este caso y debido a la naturaleza de sus componentes individuales es la anarquía, y la distribución de las capacidades, la presencia de grandes poderes capaces de ejecutar su voluntad en el sistema (Waltz, 1979). Este último componente de la naturaleza del sistema internacional es cambiante, al contrario que el resto, lo que hace que los países se preocupen de mantener su posición dominante en la estructura de poder con el objetivo de asegurar su seguridad. El neorrealismo, que vio la luz por primera vez gracias a la obra “Teoría de la Política Internacional”, publicada por Kenneth Waltz en 1979, se dividió rápidamente en dos variantes: el realismo defensivo, desarrollada por el autor original de la idea, y el realismo ofensivo, que el académico John Mearsheimer desarrolló en su obra “La Tragedia de la Política de las Grandes Potencias”.

Las dos teorías neorrealistas comparten la visión de la obtención de poder en el sistema internacional como el mejor método para la supervivencia. La teoría del realismo defensivo argumenta que los estados no tienen incentivos claros para buscar un incremento de su poder, empujándolos a defender su posición en lugar de aumentar sus capacidades. Sin negar la existencia de oportunidades de actuación con el objetivo de mejorar su posición, Waltz señala que una búsqueda excesiva de poder puede acabar con una alianza de varios estados para evitar una posición hegemónica por parte de uno

de ellos. Además, otros defensores de esta versión del neorrealismo argumentan la existencia de una ventaja natural de la posición de defensa con respecto a la de ataque, desincentivando una posible actuación de agresión (Waltz, 1979). El realismo ofensivo, sin embargo, se muestra en desacuerdo con las tesis defensivas, señalando que al contrario de lo argumentado por estas últimas, sí que existen numerosos incentivos en el sistema internacional para aumentar el poder de un estado, aprovechando situaciones de debilidad de los contrarios en las que los beneficios superen a los costes puntuales (Mearsheimer, 2001).

Estas dos teorías serán claves para analizar la posición rusa con respecto a las repúblicas independientes del Cáucaso y nos permitirán establecer paralelos entre los métodos de intervencionismo utilizados por la Federación. A la misma vez, podremos analizar a qué modelo específico se pueden corresponder de forma más satisfactoria los planteamientos rusos en el Cáucaso bajo la influencia del eurasianismo. De esta forma, tras obtener un *modus operandi* sobre el procedimiento ruso en la zona a través de las comparaciones entre las intervenciones que han tenido lugar en Armenia, Azerbaiyán y Georgia, podremos discernir las generalidades teóricas perceptibles a lo largo de las últimas tres décadas en el Cáucaso del Sur.

1.4. OBJETIVOS

En este trabajo académico, el principal interés se encuentra situado en entender cómo se enmarcan las intervenciones de Rusia en sus tres vecinos más cercanos a través de la frontera caucásica (Georgia, Azerbaiyán y Armenia) y qué métodos utiliza para llevarlas a cabo. Con este objetivo, nos basaremos en el diverso ideario geopolítico de la estrategia exterior rusa, incluyendo el neo-eurasianismo de Alexander Dugin y las doctrinas Primakov y Gerasimov. Además, aparte de incluir estas teorías en el marco teórico del trabajo, también se analizará la política exterior rusa desde una perspectiva realista ofensiva y defensiva, según las teorías de John Mearsheimer y Kenneth Waltz, respectivamente, aplicadas a este particular escenario.

Tras enfocar el apartado teórico hacia este ámbito, se informará sobre el estado de la cuestión, incidiendo en la relación de Rusia con los países del Cáucaso y las diversas estrategias generadas por la estrategia exterior del país hacia esta zona de su área de influencia a lo largo de los últimos treinta años. Se incidirá en los antecedentes de la era soviética, el gobierno de Boris Yeltsin y la estrategia seguida por Vladimir Putin desde su llegada al poder en el año 2000 para crear una visión completa e integral sobre la visión estratégica rusa en el Cáucaso. Una vez entendidos los conceptos teóricos y la situación que afecta al campo de estudio de este trabajo, se analizarán las perspectivas de intervencionismo de Rusia teniendo en cuenta el contexto histórico, el atractivo político y los incentivos económicos que han llevado al país adoptar su actual estrategia.

Ya enfocadas las causas por las que el gigante euroasiático lleva a cabo su intervencionismo, se examinarán los principales métodos que Rusia utiliza como vehículo de su política exterior en esta zona, incluyendo conceptos de guerra híbrida, intervención militar y diplomacia. A través de la utilización del marco teórico y de los instrumentos de acción exterior rusa, veremos cómo el país ha intervenido en Georgia (que demuestra una postura más lejana y por lo que Rusia ha utilizado métodos más agresivos), en Armenia (con el que Rusia ha sabido formular una relación relativamente cercana, sobre todo con respecto a la colaboración internacional) y en Azerbaiyán (que, al igual que Armenia, utiliza a Rusia como mediador en el conflicto del Nagorno-Karabaj y ha tenido una relación con algunos altibajos con este país).

A la hora de analizar el intervencionismo ruso en Georgia, nos basaremos de forma principal en el conflicto de 2008 y en el apoyo a las repúblicas de Abjasia y Osetia del Sur, que resultó en la ruptura de las relaciones diplomáticas bilaterales entre los dos países, así como en el intento de Georgia de conseguir una mayor independencia energética. Enfocándonos en Armenia, nos acercaremos a la colaboración de ambos países en organizaciones internacionales y alianzas militares promovidas por Rusia como la UEEA, la OTSC y la CEI, así como el papel ruso en el conflicto del Nagorno-Karabaj. Por último, con respecto a Azerbaiyán, analizaremos también, al igual que en el caso de Armenia, la intervención rusa en el conflicto del Nagorno-Karabaj, los intereses económicos mutuos con la Federación Rusa y sus relaciones bilaterales.

Por último, se llevará a cabo una reflexión integral, a través de las similitudes y diferencias de la intervención rusa en los tres países, sobre la estrategia de política exterior del gigante euroasiático en la región, teniendo en cuenta las doctrinas analizadas y la teoría de relaciones internacionales. Esto se conseguirá mediante un modelo comparativo que analice las actuaciones individuales rusas con respecto a la situación en cada uno de los países, con especial énfasis en los conflictos congelados. Al mismo tiempo, se establecerán paralelos entre la estrategia rusa y el realismo ofensivo y defensivo, con el objetivo de extraer conclusiones sobre cómo se ajustan las dos corrientes del neorrealismo a las acciones rusas en la zona. De esta forma, terminaremos de cumplir el objetivo del Trabajo de Fin de Grado y podremos entender de forma detallada el razonamiento ruso para llevar a la práctica sus actuaciones en esta zona.

El marco temporal del trabajo incluye la política exterior rusa desde la caída de la Unión Soviética (aunque se referenciarán actividades anteriores a esta fecha para enmarcar la actitud actual de la Federación Rusa). Por ser este un periodo temporal amplio, se tratará de ofrecer una perspectiva holística sobre la intervención en cada uno de los tres países, tratando los momentos fundamentales de las relaciones entre estos y Rusia. Así mismo, se tratarán aquellas intervenciones que puedan ser consideradas como derivadas de estas relaciones, no sólo incluyendo por tanto las que se juzguen como directas, considerando la hipótesis de que las diversas actuaciones de Rusia en la zona entren dentro de una estrategia general que se acerca a las tesis del neorrealismo.

1.5. METODOLOGÍA

Este trabajo académico y la investigación que se implementará durante el mismo se basará en la utilización de técnicas cualitativas como método de análisis de la situación, ya que es el que mejor responde a las necesidades de los objetivos. Teniendo en cuenta esto, se tratará de llevar a cabo una investigación bibliográfica específica a lo largo del trabajo. Se utilizarán fuentes primarias y secundarias. Entre las primeras, clave para efectuar un análisis basado en información inmediata y original, cabe señalar la

presencia de libros y artículos publicados por personas de relevancia en los numerosos conflictos del Cáucaso del Sur, como *Peace to Karabakh*, donde el representante plenipotenciario de la misión rusa para mediar en la Primera Guerra de Nagorno-Karabaj, Vladimir Kazimirov, detalla las negociaciones entre las partes en conflicto. Entre las segundas, donde se interpretan los hechos y se extraen conclusiones más detalladas sobre determinados eventos, hay que destacar numerosos artículos académicos y libros en los que expertos sobre política exterior, la región del Cáucaso o Rusia analizan determinados eventos que han ocurrido desde la caída de la Unión Soviética.

Para materializar el marco teórico del trabajo, se utilizarán fuentes secundarias que recogen las principales claves del pensamiento político ruso, incluyendo la doctrina Gerasimov y el pensamiento de Primakov. Con respecto a la utilización de la teoría de relaciones internacionales de Mearsheimer y Waltz, se recurrirá a fuentes primarias publicadas por estos dos académicos, así como por otros adherentes del neorrealismo, y secundarias que apliquen estas teorías a los conflictos tratados en este Trabajo de Fin de Grado. Para ilustrar las tácticas intervencionistas rusas y su aplicación en cada uno de los tres países que se analizan, se han utilizado principalmente fuentes secundarias, incluyendo artículos académicos de reciente publicación e informes que permitan crear una idea más amplia sobre el aspecto a analizar.

Las fuentes provienen de la recopilación bibliográfica a través de recursos *online* como Google Scholar, ResearchGate y EBSCO (a las que se puede acceder a través de la Universidad Pontificia Comillas), así como de la biblioteca de la institución. Del mismo modo, para obtener estos recursos se han utilizado palabras y conceptos claves como los presentes en el resumen del trabajo, así como otros enfocados a aspectos más especializados de la relación histórica, política y económica entre Rusia y Georgia, Armenia y Azerbaiyán.

2. ANÁLISIS DEL INTERVENCIONISMO EN GEORGIA

El país donde Rusia ha mantenido una actitud más agresiva en el Cáucaso es Georgia, la única de las tres repúblicas en recibir de forma directa una ofensiva rusa. La intervención de la Federación en Georgia se ha manifestado de numerosas formas a lo largo de los años, comenzando por apoyar a los regímenes separatistas de Abjasia y Osetia del Sur, llevar a cabo un bloqueo comercial y librar una guerra en su territorio, todo ello como forma de evitar un distanciamiento de Moscú por parte del gobierno de Tiflis. El resultado de estas intervenciones ha creado una atmósfera de desconfianza mutua, y los dos países mantienen relaciones casi exclusivamente comerciales tras la rotura del diálogo bilateral entre ambos, consecuencia del resultado de la Guerra que enfrentó a las dos naciones en 2008.

El proceso de independencia georgiano ya mostró señales de que las relaciones entre ambos países jamás iban a llegar a ser fáciles. Georgia, al igual que la mayoría de las antiguas repúblicas soviéticas, declaró su independencia al caer la Unión Soviética. Bajo el liderazgo de Zviad Gamsajurdia, el país siguió una agenda nacionalista que no fue bien recibida por las minorías que habitaban en el territorio georgiano. Las declaraciones de independencia de Osetia del Sur en 1990 y de Abjasia en 1992 requirieron la presencia de tropas rusas para establecer altos al fuego y normalizar la situación, de tal forma que Rusia consiguió mantener estas misiones con el objetivo de mantener la paz (como veremos más adelante, este método es una de las alternativas intervencionistas favoritas de Rusia, cuyo ejemplo más reciente se ha dado tras mediar en la Segunda Guerra de Nagorno-Karabaj entre Armenia y Azerbaiyán). La presencia del ejército ruso en territorios que son reconocidos internacionalmente como parte de Georgia probó ser negativa para los intereses del país, ya que su estacionamiento fue clave durante el conflicto de 2008 (Sonnleitner, 2016).

La situación en las dos regiones separatistas formó parte del conflicto armado que se conoce como la Guerra Civil georgiana. Rusia ofreció ayuda al nuevo gobierno de Eduard Shevardnadze, antiguo ministro de exteriores de la Unión Soviética y que había llegado al cargo gracias a un golpe de estado. Sin embargo, esta no sería gratuita: el

gobierno ruso había desarrollado ya una estrategia de corte eurasianista que pretendía extender a los estados del Cáucaso del Sur. Esta se basaba en tres principios: la entrada de las tres naciones en la CEI, la presencia de bases militares en su territorio y, por último, la delegación de las tareas fronterizas con Turquía e Irán a Rusia (Cornell, 2007). Pese a recibir ayuda rusa, Shevardnadze no llegó a dar su visto bueno a estas medidas hasta los últimos instantes de la guerra, únicamente haciéndolo con el objetivo de acabar con el desafío representado por los seguidores de Gamsajurdia (Wheatley, 2005), razón por la que finalmente ninguna de ellas sería ratificada.

El gobierno de Shevardnadze llegó al poder con colaboración rusa, pero comenzó a tomar medidas pro-occidentales a finales de la década, formando la asociación GUAM junto con Ucrania, Azerbaiyán y Moldavia, para reducir su dependencia de Rusia (Sainz Gsell, 2002), diversificando su comercio a través de una mejora de las relaciones con Turquía (Stronski, 2021) y aumentando su capacidad como conector energético a través de la colaboración con Azerbaiyán (Starr y Cornell, 2005). Rusia reaccionó con una cierta aquiescencia, pero fue verdaderamente el cambio de siglo el que trajo actitudes cada vez más diferentes a los dos países: mientras que Georgia seguía su camino hacia una postura pro-occidental, la llegada de Vladimir Putin al poder marcó también un cambio en la actitud rusa.

Georgia, al igual que Azerbaiyán (Armenia mostraba una actitud más cercana a las tesis de Moscú), aceptó de manera entusiasmada la creación de nuevos proyectos en su área de influencia, incluyendo el BTC, un oleoducto de gran importancia geopolítica que lleva el petróleo azerí del Mar Caspio hasta las costas turcas del Mar Mediterráneo, pasando por Georgia. Sin embargo, la actitud de este país hacia Estados Unidos y sus aliados fue la más activa de la zona (Stronski, 2021). Rusia ya comenzaba a sentirse amenazada por la actividad occidental en la zona en términos de la erosión de su influencia, y el hecho de que Georgia fuera el país más cercano a este nuevo paradigma hizo que en Moscú saltaran las alarmas (MacFarlane, 2020). Este sentimiento social tendría consecuencias políticas duraderas, con la Revolución de las Rosas de 2003 afectando el futuro de las dos naciones.

Esta Revolución, que tuvo sus raíces en el cansancio con la corrupción y la incompetencia del estado, acabó con el gobierno de Shevardnadze y dio paso a un gobierno compuesto por varios de sus antiguos pupilos, liderados por Mijaíl Saakashvili. La reacción de Rusia ante la Revolución fue una de ecuanimidad, sobre todo teniendo en cuenta las actitudes pro-occidentales de los últimos años de Shevardnadze, pero las perspectivas positivas desaparecieron rápidamente cuando la Revolución Naranja tuvo lugar en Ucrania (MacFarlane, 2020) y Saakashvili manifestó su posición, claramente occidentalista hasta el punto de ofrecer apoyo a Estados Unidos en la invasión de Irak, dando lugar a la visita de George Bush a Tiflis en 2005, la primera vez que un presidente estadounidense visitaba el Cáucaso (Cornell, 2007).

La gota que colmó el vaso de Rusia fue la nueva estrategia de política exterior propuesta por el gobierno de Saakashvili en 2005, donde se asegura que la entrada en la OTAN y la Unión Europea es la principal prioridad en materia de seguridad para Georgia. La respuesta rusa fue dinamitar la economía de su vecino del Sur, imponiendo un bloqueo comercial de productos agrícolas y, más tarde, de bebidas, incluyendo el vino, clave para Georgia. En 2006, la expulsión de Georgia de cuatro presuntos espías rusos dio lugar a un bloqueo aéreo del país por parte de Rusia y a la retirada de su embajador en Tiflis, así como a un aumento del precio del gas (Lomia, 2020). El país caucásico también intentó bloquear el acceso ruso a la OMC ese mismo año, aunque la Federación acabaría entrando más adelante en la organización tras presiones por parte de Estados Unidos (Hamilton, 2018).

Este aumento de la tensión entre las dos naciones supuso la tormenta perfecta para que Rusia decidiera intervenir finalmente en la zona, bajo temores de una posible aceptación de Georgia como miembro de la OTAN en el futuro cercano. En agosto de 2008, tanto Osetia del Sur como Georgia se acusaron mutuamente de haberse atacado. La evidencia apunta a un quebrantamiento del acuerdo de alto el fuego firmado en 1992 por parte de las fuerzas de Osetia del Sur, dando lugar a una entrada de tropas georgianas en la región. Rusia rápidamente desplegó soldados en Osetia del Sur y Abjasia, tomando posiciones en estas zonas y acusando a Georgia de haber agredido a este territorio (Starr y Cornell, 2009).

La toma de control de Osetia del Sur y Abjasia situó a estas dos regiones bajo el paraguas ruso, que reconoció su estatus independiente al momento, causando las críticas de la mayor parte de la comunidad internacional (Asmus, 2010). Sin embargo, la presencia militar rusa no decayó, si bien se retiró de Georgia y se limitó a importantes contingentes en las dos regiones separatistas (Cohen y Hamilton, 2011). Rusia se ha basado en su ideología eurasiánista y su nuevo estatus como un tercer poder para mantener una actitud agresiva con respecto a Georgia, especialmente a través de la proyección de fortaleza militar como recordatorio de las consecuencias de un viraje excesivamente occidentalista de su política exterior (Monroe, 2021).

Mientras tanto, Georgia ha continuado fraguando una relación con la OTAN al igual que Ucrania, país miembro de la GUAM y objetivo de intervenciones militares rusas, como parte de la estrategia de la organización atlantista frente a los conflictos híbridos promovidos por Rusia (Colom, 2022). La nación del Cáucaso del Sur, consciente de las posibilidades de intervención existentes, ha buscado rodearse de apoyos estables y busca extender sus acuerdos de cooperación, sobre todo en materia militar, con el objetivo de encontrarse protegida ante la posibilidad ante situaciones como la de Ucrania. Georgia ha puesto toda la carne en el asador en estas alianzas, en especial en GUAM, ya que no participa en ninguna otra organización supranacional del ámbito ruso. Es la postura más extremista con respecto al gigante euroasiático, ya que Azerbaiyán se ha mostrado más reticente a la integración debido a un acercamiento con Rusia.

Esta actitud, sumada a la creciente confrontación existente entre Occidente y Moscú desde 2014, con la Federación como un poder antagónico a las ideas propuestas por el eje atlantista (Liu, 2022), ha hecho que la imagen de Georgia en Rusia haya ido empeorando cada vez más, hasta el punto de ser representada en ocasiones como un vasallo a los intereses occidentales. Sin embargo, la mayor presencia rusa en la zona como consecuencia del desenlace de la Segunda Guerra de Nagorno-Karabaj, que resultó en una débil posición armenia sujeta a los intereses rusos y una mayor colaboración entre Azerbaiyán y el gigante euroasiático, ha de ser tomada en cuenta por

Georgia (Wilhelmsen, 2020), ya que los conflictos congelados de Osetia del Sur y Abjasia siguen sin una resolución clara.

Además, el intervencionismo militarista ruso y su presencia en las regiones separatistas limita la capacidad de actuación georgiana, ya que ha de mantenerse siempre alerta ante posibles operaciones que coarten su seguridad. Por ejemplo, el contingente militar náutico presente en Abjasia supone un problema para la salida marítima de Georgia hacia el Mar Negro (Khokrishvili y Lebanidze, 2022), mientras que el referéndum de unión a Rusia que fue propuesto en Osetia del Sur supondría la pérdida de esta provincia frente al vecino del Norte, un evento que ha sido pospuesto por el gobierno de la región separatista a petición de Moscú (Kaljurand y Mikser, 2022), que claramente no quiere revivir un conflicto congelado a la vez que despliega tropas en Ucrania.

Aun así, Georgia ha elegido mantener una posición de cautela con respecto a la invasión rusa en este país, consciente de los riesgos que supone una condena abierta. El país continúa su senda de acercamiento al mundo occidental (Glantz, 2022), pero a la misma vez se encuentra interesado en una relación comercial cordial con Rusia. El bloqueo comercial impuesto en 2005 fue eliminado en 2013, pero esta oportunidad ha situado de nuevo a la economía georgiana bajo peligro de sufrir las consecuencias de otra circunstancia similar (Genté, 2020). Teniendo en cuenta esta situación, así como sus conflictos congelados y el historial intervencionista ruso en su territorio, el estado de la estrategia exterior georgiana es más débil ante presiones rusas de lo que cabría pensar, y es un factor por valorar en el futuro.

3. ANÁLISIS DEL INTERVENCIONISMO EN ARMENIA

Si hay un país que puede considerarse como el principal aliado de Rusia en la región, ese es Armenia. Esta nación, que tiene frontera con Georgia, Azerbaiyán, Turquía e Irán, pero no con Rusia, ha sufrido por mantener su identidad en la zona, casi siempre siendo influenciada por grandes poderes cercanos. Armenia, al contrario que sus otros

vecinos caucásicos, es un estado sin salida al mar y con una historia complicada con el mundo túrquico. Estos problemas geográficos han condicionado al país a lo largo de la historia y siguen haciéndolo hoy en día (Sadri, 2010). Por ello y pese a tener una relación difícil con Rusia, sobre todo antes de la creación de la Unión Soviética, el país ha estado abierto a las iniciativas propuestas por el gigante euroasiático durante las últimas tres décadas, siendo consciente que son clave para la consecución de sus objetivos territoriales.

Cercada por dos países antagónicos como son Azerbaiyán y Turquía, la política exterior armenia gira alrededor de los conflictos con estas naciones y, en especial, la situación de Nagorno-Karabaj. Este territorio montañoso, pese a formar parte de lo que durante la Unión Soviética era la República Socialista Soviética de Azerbaiyán, cuenta con una mayoría étnica armenia y es un estado no reconocido bajo el nombre de República de Artsaj (De Waal, 2010). La lucha entre Armenia y Azerbaiyán por el control de la zona ha llevado a dos guerras entre los países (a comienzos de la década de los noventa y en el año 2020), así como a numerosas escaramuzas fronterizas particularmente localizadas en el corredor de Lachín, el único paso que une Nagorno-Karabaj con Armenia.

El conflicto del Nagorno-Karabaj tiene orígenes anteriores incluso a la creación de la Unión Soviética, pero la evolución más reciente tuvo sus inicios en las reformas de descentralización iniciadas por Gorbachov durante la década de los años ochenta. En este periodo y envalentonados por un clima político más abierto, Armenia solicitó a través de su Academia de Ciencias una petición para la unificación de Nagorno-Karabaj y de Najicheván (un territorio perteneciente a Azerbaiyán y con una mayoría étnica de este país pero que se encuentra separado del resto de este por la provincia armenia de Syunik). En 1988, el conflicto explotó, con protestas, disturbios, negativas por parte de Azerbaiyán de ceder parte de su territorio y desencuentros étnicos entre armenios y azeríes (Cornell, 1999).

Con el deterioro de la situación interna de la Unión Soviética y de la situación en la zona, Armenia, siguiendo la estela de Georgia, boicoteó los intentos soviéticos de

mantener la Unión, proclamando su independencia en 1990. Esto supuso un inmediato conflicto con la también recién creada Azerbaiyán. El reconocimiento internacional que ambos nuevos países habían conseguido de forma rápida supuso la aceptación de sus fronteras soviéticas (Sadri, 2010), pero tanto la población de Nagorno-Karabaj, que ya había iniciado una lucha activa por su reconocimiento, como Armenia y Azerbaiyán, que se negaban a ceder en sus demandas territoriales, dieron alas a la escalada bélica.

Armenia fue rápidamente consciente de que su posición con respecto a Azerbaiyán era inferior en capacidades, en particular cuando sus intentos por mejorar sus relaciones con sus demás vecinos tras su independencia fallaron. Pese a que en sus inicios, Armenia fue reticente a caer bajo el paraguas de influencia ruso, el gobierno del presidente Levon Ter-Petrosián identificó que la victoria en el conflicto del Nagorno-Karabaj sería imposible sin la asistencia del gigante euroasiático, dado a que Armenia no contaba con alianzas significativas (Iskandarov y Gawliczek, 2020). En la Primera Guerra de Nagorno-Karabaj, Rusia le prestó ayuda a Armenia a través de la CEI, destacando el apoyo de la 366ª Brigada Motorizada de Infantería rusa y produciéndose un acercamiento a este país, mientras que el gobierno azerí prefirió confiar en el apoyo turco. Al final, el alto al fuego de 1994 se firmó con la mediación rusa y con el control armenio del enclave, incluyendo del corredor de Lachín.

En 1999, hubo un intento a través del grupo de Minsk de la OSCE de prestar una solución al problema: Armenia se podría anexionar el Nagorno-Karabaj a cambio de una cesión territorial que permitiese unir Azerbaiyán y Najicheván a través de una franja junto a la frontera con Irán (Remler et al., 2020). Este plan, que los mandatarios de ambos países acordaron e instaron a la organización a dejar por escrito, fue abandonado cuando unas semanas más tarde se produjo un atentado terrorista en la Asamblea Nacional de Armenia que acabó con las vidas de ocho diputados, incluyendo el primer ministro del país. El presidente armenio, Robert Kocharián, se negó a continuar con el plan pese a que el mismo día del tiroteo, el vicesecretario de Estado norteamericano se había reunido con líderes del país para tratar el tema de Nagorno-Karabaj.

Los intentos del grupo de Minsk por mantener el acuerdo vivo fueron rechazados por Azerbaiyán por ser demasiado cercanos a los intereses armenios y el plan quedó olvidado (Remler et al., 2020). La evolución de la situación acabó dejando el conflicto congelado, de forma favorable a los intereses rusos, de tal forma que incluso se ha llegado a alegar una participación rusa en el ataque terrorista de 1999 para mantener sus intereses, lo que no ha sido todavía probado por ninguna fuente fiable (Monaghan, 2007). Desde entonces, el mayor avance al respecto han sido los seis Principios de Madrid negociados entre las partes en 2007, que incluyen la devolución de los territorios que rodean Nagorno-Karabaj a control azerí, un estatus interino para Nagorno-Karabaj que asegure la seguridad y el autogobierno, un corredor que permita la comunicación entre Armenia y el Nagorno-Karabaj, un futuro referéndum de autodeterminación para el territorio, el derecho de aquellas personas desplazadas a retornar a sus hogares y una operación de mantenimiento de la paz gestionada por la OSCE (Welt y Bowen, 2021).

Durante los últimos años de la era Yeltsin y los primeros de la presidencia de Putin, Rusia siguió apostando fuerte por su relación con Armenia, especialmente a través de inversión económica de alto nivel en el país, creando un eje independiente Moscú-Ereván. Sin embargo, ante intentos por parte de Armenia de buscar otros aliados, Rusia no reculó a la hora de demostrar su poder, dejando a la república sin litoral con cada vez menos opciones. Un ejemplo de ello es la negociación del gaseoducto entre Armenia e Irán en 2006, cuyo diámetro fue disminuido bajo presiones rusas para evitar que el país se convirtiese en un conector energético y para proteger los intereses de Gazprom, que tenía un monopolio sobre el gas en Armenia y que había firmado un acuerdo de 25 años en cooperación energética ese mismo año (Minassian, 2008).

Otro ejemplo de esta situación se dio con la entrada de Armenia en la UEEA en 2015. El país había negociado con la Unión Europea para lograr una mayor integración económica con el mercado común, logrando un pacto cuyas negociaciones se cerraron ya en 2013. Rusia, consciente de las implicaciones geopolíticas que podría traer este acuerdo, presionó al gobierno armenio para no firmar, proponiendo en lugar la entrada en una nueva unión económica junto a los países de la Unión Aduanera Euroasiática (Ter-Matevosyan et al., 2017). Aunque Armenia sugirió firmar el apartado político del

acuerdo, a lo que la Unión Europea se negó, en el momento no quedó claro qué beneficio sacaba el país caucásico de su retirada, más allá de aliviar la presión rusa sobre sus actividades (Shirinyan, 2019).

El acercamiento político de Rusia y Azerbaiyán hizo que las mejoras en seguridad y comercio que Armenia esperaba obtener gracias a la UEEA finalmente no llegasen a producirse. Pese a que en 2015 se firmó un acuerdo para el establecimiento de un sistema conjunto de defensa aérea, la existencia de préstamos para la compra de armamento y ejercicios militares amistosos entre los dos países, así como la presencia de bases rusas en el territorio armenio, Rusia ha llevado a cabo también negocios con Azerbaiyán previo a la Segunda Guerra de Nagorno-Karabaj. El gigante euroasiático ha antepuesto el beneficio económico y la simetría en la región a su relación con Armenia, que cada vez es un aliado estratégico menos importante para Rusia, incluso dentro de la OTSC (Peña-Ramos, 2018).

Consciente de esta situación, la sociedad armenia ha ido adoptando una actitud cada vez más desafiante a la intervención institucional rusa, sin posicionarse abiertamente en contra de ella, conscientes del estatus del gigante euroasiático como su principal aliado estable. Armenia llegó a firmar el AAGR con la Unión Europea en 2017, abriendo nuevas posibilidades en el frente occidental (Shirinyan, 2019). Al año siguiente, el país experimentó un periodo de protestas demandando la renuncia del primer ministro Serzh Sargsián, que había ocupado el puesto de presidente desde 2008 hasta el mismo 2018. Durante el ascenso de Nikol Pashinián, quien acabaría sustituyendo a Sargsián, el político se encargó de asegurar a Moscú la presencia de Armenia tanto en la UEEA como en la OTSC si llegaba al poder (Genté, 2020), ejemplo de que la sombra de las instituciones rusas pesa incluso en un contexto revolucionario.

Aun así, las relaciones bilaterales se encuentran en un periodo de más tensión desde entonces, ya que Azerbaiyán cada vez más ha probado ser un socio más útil económica y geopolíticamente que Armenia, cuya presencia internacional se ha visto fagocitada por su participación en organizaciones rusas, pero que está llevando avances en sus relaciones con Estados Unidos, en parte debido a la influencia de la diáspora

armenia en este país (Welt y Bowen, 2021). La Revolución de Terciopelo ha supuesto dudas para Rusia sobre el nuevo estatus de Armenia, disminuyendo el impacto de la colaboración entre ambos y abriendo nuevas posibilidades para acuerdos ya existentes con partes externas, como el AAGR. El gigante euroasiático ha adoptado otras medidas intervencionistas más allá de las institucionales como consecuencia de ello (Baev, 2020). Este distanciamiento entre Armenia y Rusia se pudo observar en la Segunda Guerra de Nagorno-Karabaj, donde el gigante euroasiático maniobró a la perfección para seguir siendo el poder hegemónico de la zona.

Al contrario que en el primer conflicto, cuando la diligencia armenia por unirse a las organizaciones internacionales creadas en la órbita rusa fue premiada con ayuda militar que permitió que el país caucásico saliese victorioso de una contienda igualada, Moscú tomó una postura intermedia, consciente de la mejora de las relaciones bilaterales con Azerbaiyán y de la complicada posición armenia. Calculando que el país del Mar Caspio vería la inacción rusa como un gesto positivo y evitando la “proxificación” (del inglés *‘proxy war’*) del conflicto con Turquía (Broers, 2020), Rusia consiguió una victoria geopolítica gracias a la ventaja militar azerí en la contienda y a la falta de aliados armenia. Manteniendo sus bases en Gyumrí, el gigante euroasiático consiguió que Azerbaiyán aceptase el estacionamiento de tropas rusas en el corredor de Lachín durante los cinco años siguientes a través de su papel como mediador en el conflicto (Cohen, 2022), mientras que Armenia sufrió un duro golpe geopolítico: no sólo retrocedió su control sobre Nagorno-Karabaj, sino que los efectos de la intervención institucional rusa habían dejado al país sin otras opciones en materia de seguridad ante la inacción por parte del gigante euroasiático.

Con el bloqueo por parte de activistas apoyados por el gobierno azerí del corredor de Lachín, la inacción por parte de la misión rusa, que se encuentra en misión junto a un contingente turco, ha tenido como consecuencia un problema humanitario en Nagorno-Karabaj y la debilidad de la posición armenia. Rusia se ha negado a permitir misiones de la ONU, mientras que la Unión Europea sólo puede actuar en territorio armenio, sin capacidad de influir en Lachín. Mientras, Armenia no puede llevar a cabo operaciones sin la ayuda de Rusia debido a su dependencia a la hora de gestionar

campañas militares y no admite la presencia de una misión de la OTSC ya que, pese a formar parte de la alianza, cree que la presencia de una operación de paz rusa en su territorio puede favorecer a su adversario azerí (International Crisis Group, 2023). La instalación de un control fronterizo en el corredor por parte de Azerbaiyán puede acabar con la reticencia armenia, ya que el país gobernado por Aliyev continúa cercando cada vez más la región, donde hay cada vez más miedo a un nuevo estallido del conflicto o a una limpieza étnica (Gavin, 2023).

Por lo tanto, a través de la intervención institucional a lo largo de los años y de socavar la relación de Armenia y posibles aliados (como ya se ha visto, la Unión Europea, Irán...), la alianza entre el gigante euroasiático y el país caucásico se ha visto negativamente afectada, pero de tal forma que Rusia ha conseguido que el conflicto congelado del Nagorno-Karabaj siga produciendo rédito. La posición actual del gobierno de Putin parece ser una más económica: habiendo ya debilitado a Armenia y dejándola sin una gran variedad de opciones en el conflicto congelado del Nagorno-Karabaj, prefiere enfocarse en los depósitos energéticos del Mar Caspio y aprovechar la presencia de compañías occidentales y gaseoductos que conectan con Europa, sobre todo tras las sanciones draconianas impuestas tras su intervención en Ucrania.

4. ANÁLISIS DEL INTERVENCIONISMO EN AZERBAIYÁN

De los tres países del Cáucaso cuyas relaciones con Rusia son analizadas en este trabajo académico, Azerbaiyán es probablemente el estado con el que el gigante euroasiático mantiene unas relaciones más basadas en el pragmatismo geopolítico y económico. El país tiene varios vínculos que lo acercan más a las repúblicas rusas del Cáucaso del Norte que a sus vecinos independientes. Al contrario que Armenia y Georgia, países cristianos, la inmensa mayoría de la población azerí practica la religión musulmana. El estado comparte estas raíces culturales con Chechenia, Daguestán e Ingusetia, territorios que también han mantenido una relación complicada con Rusia desde la caída de la Unión Soviética (De Waal, 2010). A pesar de ello, también es el país

más proclive para buscar aliados externos, lo que ha puesto en riesgo la hegemonía de la influencia rusa sobre la región en varias ocasiones, debido a su cercanía con Turquía.

Además y al contrario que las otras repúblicas del Cáucaso, Azerbaiyán posee amplias reservas naturales de petróleo y gas. Este hecho ha conseguido que el estado haya atraído interés por parte de numerosos actores internacionales aparte de Rusia, como la Unión Europea e incluso Estados Unidos (Sadri, 2010). Estos vínculos culturales y económicos han dotado al país de un mayor poder negociador que le permite mantener una posición más independiente y pragmática con respecto a los intereses rusos, pero que, como veremos, no la aísla totalmente del intervencionismo que caracteriza a este país y le ha granjeado un mayor interés ruso como consecuencia de sus conexiones energéticas (Peña-Ramos, 2018).

Pese a estas similitudes entre las repúblicas del Cáucaso del Norte y Azerbaiyán, el país ha demostrado ser un objetivo complicado para la actuación rusa en la zona, evitando tomar una posición pro-occidental o pro-rusa para no comprometer su posición. Esta visión de las relaciones internacionales por parte de Azerbaiyán se debe en cierta medida a su enfoque hacia el eje túrquico. Aun así, tanto el gigante euroasiático como el país musulmán han mantenido relaciones mayoritariamente cordiales desde la caída de la Unión Soviética basadas en gran medida en la colaboración económica, pero que han sido objeto de tensión en ocasiones debido a la relación cercana entre Armenia y Rusia (Shaffer, 2009). Pese a ello, los países están logrando una cooperación privilegiada en los últimos años, que se encuentra en proceso de activación a la misma vez que la influencia rusa en Armenia va disminuyendo.

El inicio de las relaciones entre Rusia y Azerbaiyán tras el fin de la Unión Soviética fue difícil y complejo. Durante el final de la Guerra Fría, Ayaz Mutallibov, quien más tarde se convertiría en el primer presidente de una Azerbaiyán independiente, fue ascendido al puesto de Secretario del Partido Comunista del territorio azerí. El mandatario, cercano a Gorbachov, estuvo abierto a los esfuerzos reformistas del líder soviético y apoyó el referéndum sobre el futuro de la Unión en 1991, que Georgia y Armenia boicotearon (Abilov e Isayev, 2015). Debido a la lealtad azerí, el gobierno central ruso prestó ayuda

al territorio durante la Primera Guerra de Nagorno-Karabaj a través de la Operación Anillo. Sin embargo, la caída de la Unión Soviética supuso el final de la actividad militar por parte de sus fuerzas, creando un efecto negativo para el ejército azerí, que debido a su dependencia previa, quedó en clara desventaja en recursos y experiencia ante los esfuerzos armenios (De Waal, 2003).

Pese a los esfuerzos de Mutallibov por unirse a la incipiente CEI, la oposición azerí rechazó participar en nuevas iniciativas rusa y la idea fue rechazada por el parlamento. Esta circunstancia fue aprovechada por Armenia, que sí se unió a la organización. Las nuevas derrotas en Nagorno-Karabaj, en particular la masacre de Jóyali y la ocupación de Susha, consecuencia parcial de la ayuda militar prestada por las fuerzas de la CEI a Armenia acabaron finalmente con el gobierno de Mutallibov (Abilov e Isayev, 2015), cuya ideología pro-rusa no terminó de calar. Su sucesor, Abulfaz Elchibey, realizó un cambio radical de alianzas, alejándose de las tesis rusas y acercándose a Turquía y a las potencias occidentales. El político llegó al punto de negarse a la presencia de tropas rusas en territorio azerí, convirtiéndose en el primer país del Cáucaso en estar libre de presencia militar por parte del gigante euroasiático (Aslanli, 2010).

La extrema hostilidad del gobierno de Elchibey ante los intereses rusos se extendió a los recursos energéticos, donde Azerbaiyán tan sólo aceptó trabajar con compañías occidentales como BP (Abilov e Isayev, 2015). Esta actitud acrecentó el enfado ruso, que puso en duda la legitimidad territorial azerí sobre los depósitos energéticos del Mar Caspio y prestó más ayuda a Armenia a través de la CEI en el conflicto del Nagorno-Karabaj. Finalmente y ante una cada vez peor situación frente a Armenia, en parte debido a que la colaboración con Turquía no produjo los resultados esperados, el gobierno de Elchibey fue objeto de un golpe de estado en 1993 que llevó al poder a Heydar Aliyev. El nuevo mandatario adoptó rápidamente una postura pragmática para minimizar los daños, uniéndose a la CEI y adoptando el Protocolo de Bishkek, en cuya mediación participó Rusia, para dar fin a la guerra en 1993 (Sadri, 2010).

El régimen de los Aliyev (primero Heydar y a partir de 2003 su hijo Ilham) se enfocó en calcular los riesgos y tener como objetivo una política exterior cautelosa con respecto a Rusia. Al contrario de las presidencias de Elchibey y Mutallibov, los Aliyev se han mantenido alejados de la toma de decisiones por factores ideológicos, prefiriendo llevar a cabo consideraciones económicas a la hora de elegir sus movimientos y siendo conscientes de la situación geopolítica de la región (Shaffer, 2012), si bien la integridad territorial del país sigue siendo una línea roja para sus intereses. A pesar de ello, sus métodos de obtener el favor internacional no funcionaron en el corto plazo, generando frustración y la necesidad de probar otra estrategia de actuación (Mammadov, 2022).

Cuando en 2008, el presidente turco Abdullah Gül visitó Armenia por primera vez, fue visto como el primer paso en una normalización de las relaciones entre la potencia de la Península de Anatolia y el estado del Cáucaso. La sintonía entre los mandatarios de ambas naciones preocupó en el gobierno azerí, que percibió este acercamiento como una traición de su principal aliado (De Waal, 2010). Pese a que el Protocolo de Zurich entre Turquía y Armenia no sirvió finalmente para terminar con las hostilidades y fue declarado nulo por el país caucásico, Azerbaiyán aprovechó esta situación para expresar su descontento. Rusia reconoció la situación, que interpretó como una oportunidad para ganar poder en el país más independiente de su influencia de los tres del Cáucaso y a la vez como una amenaza para su hegemonía en la zona.

Unido al reconocimiento de Osetia del Sur y Abjasia tras la guerra con Georgia, que distanciaría a este país de Rusia, el acercamiento armenio hacia otros focos de presencia de relaciones internacionales (no sólo Turquía, sino también la Unión Europea) fue visto negativamente por parte del gigante euroasiático. Por ello, Rusia detectó la amenaza de enfrentarse a una pérdida de influencia a gran escala en la zona que empujaba a los tres países caucásicos hacia esferas alejadas de las tesis de Moscú, Estas circunstancias llevaron al país a adoptar una postura mucho más activa con respecto a Azerbaiyán tanto en lo geopolítico, con la Declaración de Moscú de 2008 sobre Nagorno-Karabaj, como en lo económico, con acuerdos en 2008 entre CEPRA y Gazprom para colaborar en la venta de gas (De Waal, 2010).

Este intervencionismo más activo en la política azerí para contrarrestar la pérdida de poder en otros frentes del Cáucaso se hizo todavía más visible en 2013. Cuando el presidente Ilham Aliyev endureció las condiciones propuestas a Rusia para utilizar el radar militar de Gabala y se negó a entrar en la UEEA, el gigante euroasiático decidió cortar esta actitud de raíz. El gobierno ruso suspendió el bombeo en el oleoducto Bakú-Novorosiisk y detuvo en Daguestán a un petrolero azerí bajo sospecha de contrabando (Markedonov, 2013). A la misma vez, Rusia comenzó a promover una red de hombres de negocio azeríes más cercanos a sus intereses que pudieran suponer un contrapoder a Aliyev, un recordatorio al mandatario de la capacidad intervencionista de Moscú. Esta situación acabó provocando una visita de estado de Putin a Bakú en 2013, que culminó con un acuerdo de venta de armas y otro de cooperación entre CEPRA y Rosneft para la producción petrolífera (Genté, 2020), eliminando la tensión entre los dos países pero sirviendo como advertencia para Azerbaiyán.

La cercanía del país musulmán con Turquía es también vista como una amenaza por parte de Rusia para sus intereses económicos y militares en la zona, ya que permite que Azerbaiyán tenga una salida geopolítica hacia un estado miembro de la OTAN, lo que genera que el sentimiento de independencia que el país proyecta en ocasiones hacia el exterior se vea justificado. Esta alianza ha incluido incluso un acuerdo sobre apoyo militar mutuo en el caso de intromisión en el Nagorno-Karabaj. Los celos rusos sobre el papel turco en este conflicto llegan hasta tal punto que el país de la Península de Anatolia no formó parte del acuerdo de alto el fuego conseguido gracias a la mediación del gigante euroasiático (Anggraeni, 2022).

El evento clave para la relación entre Rusia y Azerbaiyán es, al igual que en el caso de Armenia, el conflicto congelado del Nagorno-Karabaj. Sin embargo, como ya hemos visto, la postura históricamente pragmática del país, a medio camino entre Occidente y Rusia, ha conseguido que el gigante euroasiático no pueda ejercer su influencia a través de sus organizaciones internacionales. Por lo tanto, los sucesivos gobiernos se han visto obligados a actuar con una mezcla de cooperación privilegiada (sobre todo, como ya hemos podido ver, en lo que respecta al apartado económico) e

intervención indirecta, manteniendo una actitud de fortaleza y amenaza ante cualquier variación del *statu quo* en Azerbaiyán.

Rusia utiliza el conflicto como método para obtener sus objetivos en la relación bilateral con Azerbaiyán, siguiendo un manual de estrategia similar al que utiliza con Armenia. El país mantiene un equilibrio complejo entre los dos ejes que le permite maximizar su posición frente a cada una de las partes cuando la otra percibe un peligro. En los últimos años, los intereses económicos y energéticos han hecho que Rusia le dé un voto a Azerbaiyán en la relación bilateral. El gigante euroasiático es consciente del efecto económico del oleoducto Bakú-Tiflis-Ceyhan, que circunvala a Armenia, su aliado más común (Starr y Cornell, 2005). Con cortes en la línea Bakú-Supsa, que termina en el Mar Negro, como consecuencia de la guerra en Ucrania (O'Byrne, 2022) y las sanciones impuestas a la importación de energía rusa por parte de la Unión Europea, el BTC ha logrado una crucial posición en las relaciones entre el bloque euroasiático y el viejo continente. Rusia es consciente de las implicaciones energéticas de esta situación y, por ello, está trabajando hacia un nuevo equilibrio en la zona, lo cual está consiguiendo, como podemos deducir de su presencia en el corredor de Lachín y papel en su bloqueo.

5. SIMILITUDES Y DIFERENCIAS: MÉTODO COMPARATIVO

Como ya hemos podido ver a través del análisis de los eventos en las tres repúblicas independientes que componen el Cáucaso del Sur, los métodos intervencionistas que Rusia ha empleado en esta área son de muy variada naturaleza: desde la intervención militar que ha tenido lugar en Georgia, como la alianza institucional con Armenia en proceso de debilitarse, pasando por la ambigua relación bilateral con Azerbaiyán que puede considerarse una cooperación privilegiada en ocasiones pero que no ha estado libre de amenazas verbales. Todos ellos se mueven, sin embargo, en bases a incentivos tanto económicos como de seguridad en la zona.

A primera vista, los métodos rusos no podrían ser más diferentes, ya que responden a necesidades geopolíticas que han ido cambiando y que son únicas a cada

estado. De hecho, en su esfuerzo para evitar la mejora de las relaciones entre Occidente y el Cáucaso, Rusia no se ha limitado a la intervención militar o estratégica ni a los instrumentos señalados por Hamilton y Meister en *The Eastern Question* ya tratados en el estado de la cuestión de este trabajo académico, sino que ha llegado a implantar medidas como sanciones comerciales a Georgia y Azerbaiyán (Balakishi, 2020). Así pues, no pueden realizarse concepciones generalistas para justificar la utilización de diferentes estrategias intervencionistas con respecto a cada uno de estos estados, sino que hay que tener en cuenta la realidad política que ha afectado a cada uno de ellos, especialmente teniendo en cuenta las diferencias geopolíticas que resultaron de su independencia tras la caída de la Unión Soviética.

Sin embargo, las intervenciones de Rusia en el espacio caucásico comparten un componente fundamental que es herencia directa de las batallas libradas en los últimos momentos de la Unión Soviética: los conflictos congelados. El papel de estas disputas territoriales en la estrategia de política exterior rusa en la región ha sido incontestable y han servido de herramienta eficaz para mantener a los tres países a raya en momentos diferentes. Además, comparten un objetivo: servir como efecto disuasorio ante un acercamiento a las tesis occidentales por parte de cada uno de los países, redirigiendo a cada uno de los tres países hacia una posición más cercana a la de Moscú (López Jiménez, 2018). El estado ruso tiene, por tanto, un incentivo claro para mantener estos conflictos vivos, pero desactivados y con baja tensión en ellos.

Para que dichos conflictos puedan considerarse de esta forma, es clave que no haya habido avances negociadores ni cambios claros en sus posturas con respecto a Rusia. Esta circunstancia se cumple tanto en el conflicto de Abjasia, donde no hay negociaciones bilaterales entre Georgia y la provincia secesionista desde 2006 (De Waal y Von Twickel, 2020), como en Osetia del Sur, donde un intento de crear un referéndum para unirse a Rusia por parte del gobierno de la región fue detenido por el propio gigante euroasiático en el contexto de la intervención en Ucrania. En Nagorno-Karabaj, los intentos recientes más prometedores incluyen los Principios de Madrid y una mesa de diálogo dirigida por el entonces presidente ruso Dmitri Medvédev en 2011 en la ciudad de Kazán. Tras el breve conflicto de 2016, se volvió a dialogar con presencia europea,

estadounidense y rusa en Viena, pero los esfuerzos no llegaron a buen puerto (De Waal y Von Twickel, 2020).

Sin embargo, no sólo es necesario que estos conflictos se encuentren relativamente desactivados, sino que los países han de percibir que su situación puede llegar a cambiar ante una actuación rusa, tanto negativamente (caso de Georgia) como positivamente (caso actual de Azerbaiyán tras la Segunda Guerra de Nagorno-Karabaj). Para transmitir este mensaje, el gigante euroasiático se ha valido principalmente del despliegue de fuerzas militares, tanto en el Cáucaso como en otros conflictos congelados a lo largo de su área de influencia (los presentes en Ucrania y Moldavia). Pese a que esta estrategia no sirvió para mantener una presencia en Nagorno-Karabaj debido a la negativa azerí de mantener soldados rusos en su territorio (MacFarlane, 2020), la alianza con Armenia y la victoria obtenida en la Primera Guerra de Nagorno-Karabaj tuvo un efecto disuasivo para una actividad contraria a los intereses rusos en la zona. Tanto Armenia como Azerbaiyán consideran a esta región como clave para su integridad territorial y son plenamente conscientes de la necesidad de asistencia rusa para obtener avances en su situación.

En lo que respecta a Armenia, la república actualmente tiene un contingente militar en Gyumrí de más de 3.000 hombres, un escuadrón de aviación y patrullas que guardan la frontera con Irán y Turquía (Genté, 2020). Estas circunstancias, así como la presencia del país en la OTSC y la CEI responde a la estrategia creada por Rusia a principios de la década de los noventa para mantener el control de la zona, y que también trató de imponer a Georgia sin éxito (Wheatley, 2005). Mientras tanto, Azerbaiyán contaba con el apoyo turco como posible contraposición a la intervención rusa. Sin embargo, al demostrarse en la Primera Guerra de Nagorno-Karabaj la importancia de la intervención rusa, Azerbaiyán ha ido cultivando con los años, y en especial durante la última década, una relación más cercana con Rusia, que la Federación considera importante tanto económica como geopolíticamente.

Por ello, desde una perspectiva rusa, tenía más sentido un cambio en la balanza de poderes de Nagorno-Karabaj para mantener un grado de presencia militar en ambos.

Con tropas situadas ya en territorio georgiano y armenio, listas para responder ante provocaciones, Azerbaiyán era el único país en el que el gigante euroasiático no mantenía presencia militar tras retirarse del radar militar de Gabala (Markedonov, 2013). El acuerdo de alto al fuego de la Segunda Guerra de Nagorno-Karabaj da por finalizada esta situación, creando un beneficio claro a los intereses de la Federación. Los términos del acuerdo incluyen una misión de paz formada por 2.000 soldados rusos, así como la creación de un centro de paz para seguir la situación y la retirada de las fuerzas armenias (Welt y Bowen, 2021). Este pacto moderado por Rusia y en el que el país se posiciona más cerca de Azerbaiyán en detrimento de la postura armenia, que queda gravemente perjudicada, puede considerarse el éxito de la política de los conflictos congelados.

La estrategia de intervención rusa en el Cáucaso es, por tanto, de naturaleza neorrealista, con movimientos estratégicos y con una naturaleza agresiva por parte del gigante euroasiático, buscando la seguridad y una preponderancia de sus intereses en la zona. Movida por el anhelo eurasiático de mantener un orden global multipolar en el que Rusia sirva como eje independiente, la actividad rusa ha ido orientada a lo largo de las últimas tres décadas a mantener la posición de las tres naciones que conforman el Cáucaso del Sur alejadas de las tesis de Occidente. Aquí podemos enfocarnos nuevamente en los ejemplos intervencionistas que tuvieron lugar en Georgia en 2008, tras un claro interés del país por formar parte en la OTAN y la Unión Europea (Starr y Cornell, 2009), como en Azerbaiyán, con el endurecimiento de la política rusa hacia el país tras los movimientos desafiantes de Aliyev (Markedonov, 2013). Este realismo ruso, en oposición clara a la expansión de los intereses de otros poderes del sistema global, es también visible actualmente en el ejemplo ucraniano. Causas muy similares a las que llevaron al conflicto de 2008 con Georgia hicieron que, tras las protestas del Euromaidán y la destitución de Víktor Yanukovich entre 2013 y 2014, Rusia actuase a través de la anexión de Crimea y un conflicto en el frente oriental del país (Mearsheimer, 2014).

Este problema no sólo ha ido a más desde entonces, sino que dependiendo de la resolución de la invasión rusa de Ucrania de 2022 puede llegar a convertirse en otro conflicto congelado. Sin embargo, en el caso de la Federación, la actitud ha sido de

naturaleza agresiva-expansiva más que de buscar un balance de poder en el Cáucaso con los otros poderes que han tenido influencia en la zona a lo largo de los años (Estados Unidos, la Unión Europea, Turquía...). Los ejemplos existentes en los tres países prueban que Rusia ha actuado de esta forma para expandir su poder en la zona en lugar de sólo preservar el *statu quo*. El país ha buscado mejorar su posición sobre los otros poderes en la zona en base a intervenciones militares o concesiones por parte de las tres naciones del Cáucaso, siendo un buen ejemplo de esto su actuación durante la actual crisis del corredor de Lachín. Esta estrategia, guiada por el eurasianismo en la teoría y basada por incentivos tanto económicos y energéticos como de seguridad que se encuentran presentes en la región, ha respondido durante los últimos treinta años al realismo ofensivo, buscando una posición dominante que asegure la seguridad de sus intereses en la zona y sin miedo de intervenir en otros territorios.

6. CONCLUSIONES

En este trabajo académico se ha llevado a cabo un análisis de los diferentes métodos de intervención utilizados por la Federación Rusa a lo largo de las últimas tres décadas en los tres estados del Cáucaso del Sur que lograron su independencia tras la caída de la Unión Soviética. La actividad del gigante euroasiático en estos países ha seguido estrategias diferentes, adaptando a las realidades individuales de Georgia, Armenia y Azerbaiyán, pero siempre con un marcado interés por mantenerlas debajo de la órbita rusa. Esta actividad, como ya ha sido mencionada en el texto, ha incluido intervenciones militares, despliegue de soldados en misiones de paz en territorios que pertenecen a los tres estados, amenazas y chantajes, organizaciones internacionales alineadas con intereses rusos y pactos negociados gracias a la presencia rusa, llegando incluso a poderse incluir otros factores como la desinformación.

La estrategia exterior rusa ha cambiado a lo largo de los años, sufriendo de un giro especialmente importante con la llegada de Yevgeny Primakov al Ministerio de Exteriores en 1996. Mientras que su antecesor Andrei Kozyrev había sido un proponente de una visión liberalista del orden internacional, Primakov, fuertemente influenciado

por el eurasianismo, promovió la idea de Rusia como presente en un eje multilateral mundial que le permitiese mantener su posición como método de aumentar su seguridad, una perspectiva neorrealista de analizar las relaciones entre estados. Sin embargo, en lo que respecta al Cáucaso del Sur, Rusia siempre ha mantenido un interés por convertirse en el poder hegemónico en la zona debido a sus intereses económicos y su herencia histórica.

Aunque en la década de los noventa, Rusia se encontrase preocupada por sus propios conflictos fronterizos, el país no dejó de inmiscuirse en los asuntos y conflictos de Georgia, Armenia y Azerbaiyán, consciente de que cualquier desarrollo contrario a sus intereses podría resultar en un problema para seguridad. Para ello, se valió de dos conflictos como la Primera Guerra de Nagorno-Karabaj y la Guerra Civil georgiana para hacer valer su estatus como el principal poder en la zona, decantando estos conflictos de forma favorable a sus aliados: doblegando a Azerbaiyán, consiguiendo que Armenia aceptase integrarse en varias organizaciones internacionales creadas por la Federación e instaurando un gobierno más cercano a sus tesis en Georgia. Esto supuso una clara muestra de la estrategia activamente intervencionista que Rusia perseguiría en la zona, buscando una posición como poder hegemónico a través de instrumentos que permitan mantener conflictos congelados que puedan ser utilizados estratégicamente en caso de cuestionarse la posición rusa.

Con la llegada de Putin al poder, la mayor colaboración de Occidente con el eje del Cáucaso pasó a ser considerada cada vez más como un peligro para Rusia. El desarrollo de proyectos como el BTC y diálogos de integración con la OTAN y la Unión Europea hicieron que la Federación se lanzase a la ofensiva, interviniendo en la relación económica entre Armenia e Irán, llevando a cabo nuevos acuerdos energéticos con Azerbaiyán y, finalmente, reavivando los conflictos de Abjasia y Osetia del Sur, entrando en guerra con Georgia. El desarrollo de estas circunstancias supuso un establecimiento de una línea dura en la región y, pese al diferente *modus operandi* utilizado por el gigante euroasiático en cada una de las tres naciones, sirve como ejemplo clave de la estrategia rusa en la zona. Si bien la política de cooperación con Armenia, confrontación con Georgia y confusión con Azerbaiyán marcaba las decisiones a tomar, las tres estaban

coordinadas para conseguir un avance de la influencia rusa en la región orientada a ejercer su papel como poder hegemónico en la misma así como de eje multilateral con respecto al sistema global de relaciones internacionales, en línea con los planteamientos del eurasianismo y del realismo ofensivo.

El último ejemplo de realismo ofensivo del que hemos podido ser testigos en el Cáucaso del Sur se ha producido durante la Segunda Guerra de Nagorno-Karabaj. Mientras que bajo una perspectiva realista defensiva, Rusia se hubiese mostrado más preocupada por conseguir un equilibrio de poderes que no arriesgase el *statu quo* de la región, ya que una posición hegemónica rusa podría acabar con una alianza de varios estados que la desplacen o actúen de contrapeso, la realidad ha sido diferente. El país ha aprovechado la situación para mejorar su posición en la región, consiguiendo la aprobación azerí para colocar tropas en su territorio para regular el paso por el corredor de Lachín y desplazando a Turquía, gran aliado de Azerbaiyán, en las mediaciones para alcanzar un acuerdo de paz. A la misma vez, es consciente que su posición en Armenia ha sido beneficiosa hasta tal punto que el país se ha quedado sin aliados claros en la región, así como en inferioridad militar y estratégica en el Cáucaso. Además, su valor económico para los intereses rusos continúa sin ser particularmente alto.

Esta estrategia orientada a aprovechar los momentos de debilidad de las tres naciones que conforman el Cáucaso del Sur para avanzar los intereses rusos parece destinada a mantenerse, al igual que lo ha hecho durante toda la era Putin. Sin embargo, el enfoque de la Federación en el conflicto con Ucrania puede crear un vacío de poder en la región, al tener el gigante euroasiático que redirigir parte de sus tropas desde la frontera sur hacia el frente de la guerra. Esta situación puede ser aprovechada por otros actores en la zona para avanzar su posición, como en el ejemplo de Turquía y Azerbaiyán. Si bien la contienda en Ucrania puede convertirse en un conflicto congelado, habrá que mantenerse atentos a los desarrollos de este tipo de situaciones en el Cáucaso del Sur, especialmente en el caso de Georgia, que lleva años acercando cada vez más a la OTAN y la Unión Europea. Esta situación puede suponer una amenaza para los intereses rusos y reavivar conflictos que actualmente se encuentran parados, aunque la actuación para suspender el referéndum propuesto por Osetia del Sur para

unirse a la Federación indica que el gigante euroasiático prefiere guardarse esta carta para el futuro y enfocarse en Ucrania, al menos por el momento.

La situación en Nagorno-Karabaj también será de especial interés en el futuro, ya que la crisis en el corredor de Lachín puede llevar a una escalada de las tensiones en cualquier momento que obligue a Rusia a actuar. Esta puede llegar tanto por la parte azerí, si se intenta aumentar la presión sobre el territorio e instalar controles en la zona, como ya ha logrado hacer, como por la parte armenia, ante el miedo de una limpieza étnica en el enclave o como retribución tras la pérdida de su posición ventajosa como consecuencia de la Segunda Guerra de Nagorno-Karabaj. Además, si una de las dos partes busca colaboración de otros estados (Turquía, Estados Unidos, Unión Europea), es probable que Rusia vuelva a intervenir para continuar ejerciendo su papel como única vía de diálogo en el conflicto y como garante de seguridad en el mismo.

Por tanto, la política exterior rusa con respecto al Cáucaso del Sur desde la caída de la Unión Soviética prueba la hipótesis planteada, ya que pese a las diferencias en actuación con respecto a cada país, forman parte de una estrategia general con respecto a la zona. Además, esta responde a las tesis neorrealistas en cuanto a que el país utiliza este planteamiento para proteger sus intereses y su seguridad de lo que percibe como una intromisión de otros actores en su área de influencia que le puede conducir hacia una pérdida de poder. El énfasis puesto en los conflictos congelados en los objetivos del trabajo también ha probado ser correcto, dado que Rusia ha utilizado estos territorios como método para mantener a raya a los países del Cáucaso del Sur bajo amenaza de reactivarlos para decantar la balanza de poder de la zona a favor de diferentes bandos y como método de ejercer su influencia sobre Georgia, Armenia y Azerbaiyán.

En el trabajo también se le da una respuesta clara a la pregunta formulada en la introducción, extrayendo conclusiones sobre la actuación rusa y el realismo ofensivo y defensivo. Si bien las intervenciones analizadas prueban que esta estrategia responde a las tesis neorrealistas, el desarrollo planteado por la Federación se ajusta con precisión a las ideas del realismo ofensivo, en comparación con las del realismo defensivo, incluso cuando el eurasianismo todavía no contaba con tanta influencia entre las altas esferas

políticas de la Federación Rusa. Como se ha visto en el trabajo académico, la utilización de métodos diversos para intervenir en los asuntos internos de Georgia, Armenia y Azerbaiyán comparte un claro interés por ejercer como poder hegemónico en la zona, lo que también se puede a través de la gestión de los conflictos congelados existentes, una estrategia que Rusia ha buscado replicar en otras contiendas. Para ello, el país no ha tenido ningún reparo en utilizar todas las herramientas de las que dispone, adaptándolas a la situación histórica y política de cada momento pero sin preocuparse por respetar la integridad territorial de sus vecinos del Sur ni los acuerdos vigentes si la intervención era urgente, buscando un orden multipolar a nivel global, pero una presencia fuerte en la región como único garante de seguridad y un actor económico clave.

7. BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

Asmus, R. (2010). *A Little War That Shook the World: Georgia, Russia, and the Future of the West*. New York: Palgrave Macmillan.

De Waal, T. (2003). *Black Garden: Armenia and Azerbaijan through Peace and War*. New York: NYU Press.

De Waal, T. (2010). *The Caucasus: An Introduction*. New York: Oxford University Press.

De Waal, T., y Von Twickel, N. (2020). *Beyond Frozen Conflict: Scenarios for the Separatist Disputes of Eastern Europe*. London: Rowman & Littlefield.

Hamilton, R. (2018). *August 2008 and Everything After: A Ten-Year Retrospective on the Russia-Georgia War*. Filadelfia: Foreign Policy Research Institute.

Hamilton, D., y Meister, S. (edit.) (2016). *The Eastern Question: Russia, the West, and Europe's Grey Zone*. Washington, DC: Center for Transatlantic Relations.

Kazimirov, V. (2014). *Peace to Karabakh*. Moscow: VES MIR Publishers.

Kurban, V. (2020). *The Caucasus Policy of Russia in the Early 21st Century: Internal and External Dynamics*. Cambridge: Cambridge Scholars Publishing.

Laruelle, M. (2008). *Russian Eurasianism: An Ideology of Empire*. Baltimore: The John Hopkins University Press.

Mearsheimer, J. (2001). *The Tragedy of Great Power Politics*. New York: W.W. Norton & Company.

Sadri, H. (2010). *Global Security Watch: The Caucasus States*. Santa Barbara: ABC-CLIO.

Starr, S.F., y Cornell, S. (edit.) (2009). *The Guns of August 2008: Russia's War in Georgia*. Oxford: Routledge.

Waltz, K. (1979). *Theory of International Politics*. New York: McGraw-Hill.

Wheatley, J. (2005). *Georgia from National Awakening to Rose Revolution: Delayed Transition in the Former Soviet Union*. London: Routledge

CAPÍTULOS DE LIBROS

Baev, P. (2020). Preserving the alliance against tall Odds: Armenia's Velvet Revolution as a challenge to Russia. En Ohanyan, A., y Broers, L. (edit.), *Armenia's Velvet Revolution: Authoritarian Decline and Civil Resistance in a Multipolar World* (pp. 161-180). London: I.B. Tauris.

Colom, G. (2022). Las Estrategias de la OTAN en Respuesta a los Conflictos Híbridos. En Bargués, P., Bourekba, M., y Colomina, C. (edit.), *Amenazas Híbridas, Orden Vulnerable: CIDOB Report 08* (pp. 55-60). Barcelona: Promotion Digital Talk.

MacFarlane, S.N. (2020). Russia in the Caucasus. En Yemelianova, G., y Broers, L. (edit.), *Routledge Handbook of the Caucasus* (pp. 305-316). Oxford: Routledge.

Monaghan, A. (2007). The UK & Russia – a Divergent Relationship. En Monaghan, A. (edit.), *The UK & Russia – A Troubled Relationship* (pp. 1-17). Swindon: Conflict Studies Research Centre for the Defence Academy of the UK.

Shaffer, B. (2009). Permanent Factors in Azerbaijan's Foreign Policy. En Petersen, A., y Ismailzade, F. (edit.), *Azerbaijan in Global Politics: Crafting Foreign Policy* (pp. 67-96). Baku: Azerbaijan Diplomatic Academy.

ARTÍCULOS DE REVISTAS CIENTÍFICAS

Abilov, S., e Isayev, I. (2015). Azerbaijan-Russian Relations: Azerbaijan's Pursuit of Successful Balanced Foreign Policy. *Orta Asya ve Kafkasya Arastirmalari*, 9 (19), 113-143.

Anggraeni, S.K. (2022). Analyzing Russia's Interests in the 2020 Nagorno-Karabakh Ceasefire Agreement. *Jurnal Hubungan Internasional*, 15 (2), 338-354.

Aslanli, A. (2010). Azerbaijan-Russia Relations: Is the Foreign Policy Strategy of Azerbaijan Changing? *Turkish Policy Quarterly*, 9 (3), 137-145.

Colom, G. (2018). La Doctrina Gerasimov y el Pensamiento Estratégico Ruso Contemporáneo. *Revista Ejército*, (933), 30-37.

Delong, M. (2020). The Concept of Russian Federation Foreign and Security Policy by Eugene Primakov. *Internal Security*, 12, 307-318.

Iskandarov, K., y Gawliczek, P. (2020). Early identification of threats as the means of fighting against hybrid warfare (with a focus on the south Caucasus). *Social Development and Security*, 10 (4), 102-109. Recuperado el 25 de marzo de 2023 en <http://paperssds.eu/index.php/JSPSDS/article/view/228/241>

Khokrishvili, E., y Lebanidze, B. (2022). Georgia and the Black Sea: Risks, Resilience and Opportunities. *Zeitschrift für Aussen- und Sicherheitspolitik*, 15, 189-200.

Liu, F. (2022). Russia's Foreign Policy Over the Past Three Decades: Change and Continuity. *Chinese Journal of Slavic Studies*, 2 (1), 86-99. Recuperado el 2 de febrero de 2023 en <https://www.degruyter.com/document/doi/10.1515/cjss-2022-0004/html?lang=en>

Lomia, E. (2020). The Evaluation of Russia's Foreign Policy Towards Georgia Following the 'Rose Revolution'. *Journal of Liberty and International Affairs*, 6 (1), 112-128. Recuperado el 5 de marzo de 2023 en <https://www.ceeol.com/search/viewpdf?id=876721>

López Jiménez, J.A. (2018). El Vecindario oriental de la Unión Europea y los conflictos post-soviéticos. *Revista de Estudios en Seguridad Internacional*, 4 (2), 49-66. Recuperado el 30 de marzo de 2023 en <https://seguridadinternacional.es/resi/html/el-vecindario-oriental-de-la-union-europea-y-los-conflictos-post-sovieticos/>

Makarychev, A., y Morozov, V. (2011). Multilateralism, Multipolarity, and Beyond: A Menu of Russia's Policy Strategies. *Global Governance*, 17 (3), 353-373.

Mammadov, A. (2022). Analysis of the Foreign Policy of Azerbaijan in the Perspective of Neorealist Theory: In the Example of the Karabakh Problem. *Journal of Eastern European and Central Asian Research*, 9 (3), 513-520.

Monroe, J. (2021). Divide and Conquer: Separatism in Transcaucasia and Russian Intervention. *Illini Journal of International Security*, 8 (1), 43-51. Recuperado el 7 de marzo de 2023 en <https://ugresearchjournals.illinois.edu/index.php/IJOIS/article/view/766/665>

Naumkin, V. (2002). Russian Policy in the South Caucasus. *Connections*, 1 (3), 31-38. Recuperado el 2 de febrero de 2023 en <https://www.jstor.org/stable/26322951?seq=1>

Peña-Ramos, J.A. (2017). The Impact of Russian Intervention in Post-Soviet Secessionist Conflict in the South Caucasus on Russian Geo-energy Interest. *International Journal of Conflict and Violence*, 11 (3), 1-17.

Peña-Ramos, J.A. (2018). La Estrategia Rusa de Poder entre los Mares Negro y Caspio: El Conflicto de Nagorno-Karabaj en el Cáucaso Sur. *Revista General de Marina*, 274, 227-237.

Rezvani, B. (2019). Russian foreign policy and geopolitics in the Post-Soviet Space and the Middle East: Tajikistan, Georgia, Ukraine and Syria. *Middle Eastern Studies*, 56 (6), 878-899.

Sainz Gsell, N. (2002). Conflictos en el Cáucaso: Una Aproximación a su Gestión, el Caso de Georgia. *Papeles del Este: Transiciones Poscomunistas (Universidad Complutense de Madrid)*, (3), 1-17.

Shaffer, B. (2012). Azerbaijan's foreign policy since independence. *Caucasus International*, 2 (1), 73-84.

Sonnleitner, D. (2016). Russia's backyard – unresolved conflicts in the Caucasus. *Politics in Central Europe*, 12 (1), 83-94.

Ter-Matevosyan, V., Drnoian, A., Mkrtchyan, N., y Yepremyan, T. (2017). Armenia in the Eurasian Economic Union: reasons for joining and its consequences. *Eurasian Geography and Economics*, 58 (3), 340-360.

RECURSOS ELECTRÓNICOS

Balakishi, S. (2020). Russian Multinational Firms and Their Investment Activities in Emerging Economies: The South Caucasus. Doctoral Thesis University of Bristol. Recuperado el 30 de marzo de 2023 en https://research-information.bris.ac.uk/ws/portalfiles/portal/250724231/Samir_Balakishi_Doctoral_Thesis.pdf

Bekiarova, N. (2019). South Caucasus as a Region of Strategic Importance. *IJASOS – International E-Journal of Advances in Social Sciences*, 5 (14), 1016-1025. Recuperado el 2 de febrero de 2023 en <http://ijasos.ocerintjournals.org/en/download/article-file/801964>

Broers, L. (2020). *New Armenian-Azerbaijan war forces Russia to make tough choices*. Eurasianet. Recuperado el 25 de marzo de 2023 en <https://eurasianet.org/perspectives-new-armenian-azerbaijani-war-forces-russia-to-make-tough-choices>

Cohen, A. (2022). Russian Strategy Towards the Caucasus and Central Asia: a Dominant Power on Defense? *The Central Asia-Caucasus Analyst*. Feature Article. Recuperado el 20 de marzo de 2023 en <https://www.cacianalyst.org/resources/2201-FT-Cohen.pdf>

Cohen, A., y Hamilton, R. (2011). *The Russian Military and the Georgia War: Lessons and Implications*. Carlisle: Strategic Studies Institute. Recuperado el 4 de marzo de 2023 en <https://www.files.ethz.ch/isn/130048/pub1069.pdf>

Cornell, S. (1999). *The Nagorno-Karabakh Conflict*. Report no. 46, Department of East European Studies. Uppsala: Uppsala University. Recuperado el 2 de febrero de 2023 en https://is.muni.cz/el/fss/jaro2019/POL587/um/Cornell_The_Nagorno-Karabakh_Conflict.pdf

Cornell, S. (2007). *Georgia after the Rose Revolution: Geopolitical Predicament and Implications for U.S. Policy*. Working Paper. Carlisle: Strategic Studies Institute. Recuperado el 12 de marzo de 2023 en <https://press.armywarcollege.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1687&context=monographs>

Gavin, G. (2023). *Azerbaijan installs checkpoint on road to Nagorno-Karabakh amid fatal clashes*. Politico. Recuperado el 26 de abril de 2023 en

<https://www.politico.eu/article/azerbaijan-installs-checkpoint-on-road-to-nagorno-karabakh-amid-fatal-clashes/>

Genté, R. (2020). Russian Strategies of Influence in the South Caucasus Region. *Institut de Recherche Stratégique de l'École Militaire*. Research Paper – No. 99. Recuperado el 14 de febrero de 2023 en <https://www.irsem.fr/media/5-publications/notes-de-recherche-research-papers/2020/rp-irsem-99-gent-south-caucasus-en.pdf>

Glantz, M. (2022). *Armenia, Azerbaijan and Georgia's Balancing Act Over Russia's War in Ukraine*. United States Institute of Peace webpage. Recuperado el 4 de marzo de 2023 en <https://www.usip.org/publications/2022/03/armenia-azerbaijan-and-georgias-balancing-act-over-russias-war-ukraine>

Gurganus, J., y Rumer, E. (2019). *Russia's Global Ambitions in Perspective*. Carnegie Endowment for International Peace. Working Paper. Recuperado el 14 de febrero de 2023 en https://carnegieendowment.org/files/RumerGurganus_Perspective_final.pdf

International Crisis Group (2023). *Averting a New War Between Armenia and Azerbaijan*. Europe Report Nº266. Recuperado el 23 de febrero en https://icg-prod.s3.amazonaws.com/s3fs-public/2023-01/266-averting-war-armenia-and-azerbaijan_0.pdf

Kaljurand, M., y Mikser, S. (2022). *Joint Statement [...] on the so-called "presidential election" held in Georgia's occupied región of Tskhinvali / South Ossetia*. European Parliament Declaration. Recuperado el 4 de marzo de 2023 en https://www.europarl.europa.eu/cmsdata/247023/20220412_Statement%20on%20the%20so-called%20presidential%20election%20held%20in%20Georgia's%20SO.pdf

Markedonov, S. (2013). *Reviewing loyalties in Greater Caucasus*. Russia Beyond. Recuperado el 20 de marzo de 2023 en

https://www.rbth.com/opinion/2013/08/16/reviewing_loyalties_in_greater_caucus_28973.html

Mearsheimer, J. (2014). *Why the Ukraine Crisis Is the West's Fault*. Foreign Affairs. Recuperado el 30 de marzo de 2023 en <https://www.mearsheimer.com/wp-content/uploads/2019/06/Why-the-Ukraine-Crisis-Is.pdf>

Milosevich-Juaristi, M. (2016). *El proceso de "reimperialización" de Rusia, 2000-2016*. Documento de Trabajo. Real Instituto Elcano. Recuperado el 24 de enero de 2023 en <https://www.almendron.com/tribuna/wp-content/uploads/2016/07/DT11-2016.pdf>

Minassian, G. (2008). *Armenia, a Russian Outpost in the Caucasus?* Russia. Nei. Visions. Paper Nº 27. Recuperado el 14 de febrero de 2023 en https://www.ifri.org/sites/default/files/atoms/files/ifri_RNV_minassian_Armenie_Russie_ANG_fevr2008.pdf

Minassian, G. (2016). *The Russian military presence in the South Caucasus*. Bruselas: Directorado General de Políticas Exteriores, Parlamento Europeo. Recuperado el 3 de febrero de 2023 en https://www.europarl.europa.eu/cmsdata/108547/Russia%20military%20in%20EaP_Workshop.pdf

O'Byrne, D. (2022). *Ukraine war forces closure of Azerbaijani oil export pipeline*. Eurasianet. Recuperado el 20 de marzo de 2023 en <https://eurasianet.org/ukraine-war-forces-closure-of-azerbaijani-oil-export-pipeline>

Remler, P. (2020). *Russia's Stony Path in the South Caucasus*. Carnegie Endowment for International Peace. Recuperado el 26 de enero de 2023 en <https://carnegieendowment.org/2020/10/20/russia-s-stony-path-in-south-caucasus-pub-82993>

Remler, P., Giragosian, R., Lorenzini, M., y Rastoltsev, S. (2020). *OSCE Minsk Group: Lessons from the Past and Tasks for the Future*. OSCE Insights Report 2020. Recuperado el 25 de marzo de 2023 en

https://sites.tufts.edu/fletcherrussia/files/2020/12/RE_OSCE-Insights.pdf

Rumer, E. (2019). *The Primakov (Not Gerasimov) Doctrine in Action*. Carnegie Endowment for International Peace. Recuperado el 16 de febrero de 2023 en

<https://carnegieendowment.org/2019/06/05/primakov-not-gerasimov-%20doctrine-in-action-pub-79254>

Rumer, E., Sokolsky, R., y Stronski, P. (2017). *U.S. Policy Toward the South Caucasus: Take Three*. Malcolm H. Kerr Carnegie Middle East Center Policy Paper. Recuperado el 10 de febrero de 2023 en

<https://carnegieendowment.org/2017/05/31/u.s.-policy-toward-south-caucasus-take-three-pub-70122>

Shirinyan, A. (2019). *Armenia's Foreign Policy Balancing in an Age of Uncertainty*. Chatham House Research Paper. Russia and Eurasia Programme. Recuperado el 26 de marzo de 2023 en

<https://futurearmenian.com/wp-content/uploads/2022/01/Armenias-Foreign-Policy-Balancing-in-an-Age-of-Uncertainty.pdf>

Starr, S.F., y Cornell, S. (2005). *The Baku-Tbilisi-Ceyhan Pipeline: Oil Window to the West*. Uppsala and Washington DC: Central Asia-Caucasus Institute and Silk Road Studies Program. Recuperado el 5 de marzo de 2023 en

https://www.silkroadstudies.org/resources/pdf/Monographs/2005_01_MONO_Starr-Cornell_BTC-Pipeline.pdf

Stronski, P. (2021). *The Shifting Geography of the South Caucasus*. Carnegie Endowment for International Peace. Recuperado el 5 de marzo de 2023 en

<https://carnegieendowment.org/2021/06/23/shifting-geography-of-south-caucasus-pub-84814>

Welt, C., y Bowen, A. (2021). *Azerbaijan and Armenia: The Nagorno-Karabakh Conflict*. Congressional Research Service. Recuperado el 25 de marzo de 2023 en <https://sgp.fas.org/crs/row/R46651.pdf>

Wilhelmsen, J. (2020). *Russia's view of Georgia: A NATO proxy yet again?* Working Paper. Oslo: Norwegian Institute of International Affairs. Recuperado el 7 de marzo de 2023 en <https://www.jstor.org/stable/resrep27588?seq=4>